

La guerra civil

Me sorprendió el 18 de julio de 1936 en Santander, como becario de la Universidad Internacional. Pasé días muy alegres en aquella Universidad. Seguí cursos que me impresionaron mucho, como el de Pablo Landsberg, sobre el to-mismo y la filosofía medieval y conocí la pintoresca figura del Profesor Piccard, el inventor del batiscafo. Conocí a encantadoras compañeras de curso con las que entablé una amistad luego en muchos casos seguida a través de los años. También traté con algunas jóvenes divertidas de la sociedad santanderina. Los días pasaban alegres en la década de los 30.

No nos dábamos cuenta, al principio, de lo que iba a ser el acontecimiento más importante del siglo XX en España. ¿Un levantamiento militar que se sofocaría rápidamente? Parecía lo más verosímil. Pero las cosas se fueron ensombreciendo. Parecía que D. Manuel Azaña no venía a ocupar el palacete del Sardinero, donde se llevaban a cabo obras apresuradas. Aquel verano singular experimentaba algunas deserciones. Los veraneantes, sacudidos por una inquietud creciente, volvían a sus casas.

Por las calles de Santander, de vez en cuando, corrían unos viejos y desven-cijados camiones llenos de campesinos y obreros que blandían las armas más heterogéneas, sobre todo escopetas de caza, y gritaban hasta enronquecer. Pero en fin, todavía no teníamos conciencia clara de lo que pasaba.

El primer aldabonazo en la Universidad sonó cuando se llevaron presos a unos estudiantes por el terrible delito de oír radios fascistas. Yo reconozco que también las oí a veces en la habitación de algún compañero que tenía radio. Los detenidos pasaron a un barco anclado en la Bahía y allí murieron. Todos los esfuerzos llevados a cabo por el rector y demás autoridades de la Universidad resultaron infructuosos.

Cuando la Universidad evacuó, fines de agosto y primeros de septiembre, Don Blas Cabrera, el insigne físico y rector de la misma, se quedó en Santander, tratando de salvar a los muchachos presos en el barco. Don Pedro Salinas, Se-

cretario de la Universidad, se había marchado antes aprovechando la escala de un barco que partía para los Estados Unidos. En este clima de desbandada se planeó la evacuación de la Universidad. El viaje previsto era llegar a Madrid vía Francia. Se hicieron responsables de la organización del mismo José Gaos y José Camón Aznar. Nos hicieron firmar unas declaraciones juradas acatando su autoridad para todo y emprendimos viajes en ferrocarril con destino a Irún. Recuerdo que en Bilbao, donde paramos, me llamó mucho la atención ver las iglesias abarrotadas de gente. Los nacionalistas de José Antonio Aguirre estaban con la Revolución pero iban a misa. Cuando emprendíamos el viaje a Irún surgieron cambios en el programa. Parece ser que el asedio a la ciudad fronteriza hacía inminente su caída. Cayó por fin a manos del coronel Beorlegui el 3 de septiembre.

Nos detuvimos, pues, en San Sebastián, que era una ciudad fantasmal, vacías sus calles, las gentes presas del terror. Mi abuela Guadalupe había muerto hacía días. Estuve llorando con mis tías. Una etapa de mi infancia se desmoronaba. Ya no podíamos pasar por Irún y alcanzar la frontera, pero se dio la circunstancia de que Monsieur Herbette, Embajador de Francia, partía en un pequeño *A viso* de guerra desde San Sebastián a San Juan de Luz.

Gentilmente el embajador prometió llevarnos con él a San Juan de Luz, y eso que éramos muchos, entre profesores y alumnos. Embarcamos dentro de la bahía de la Concha pero en medio de un temporal atroz, de esos que se levantan con las mareas altas de septiembre en el Cantábrico. Costó Dios y ayuda abordar el pequeño navío de guerra en unas grandes barcas, como traineras, que al llegar junto al casco de acero del barquito de guerra, salían despedidas. Luego vuelta a empezar.

Después de las barcas con los pasajeros venían otras con maletas, pero de estas muchas no llegaron. Caía la tarde, el mar rugía cada vez más y se dio orden de zarpar. Yo me quedé sin maletas y perdí libros y papeles que había llevado a la Universidad. Trabajo de bastante tiempo en archivos y bibliotecas.

Un Aviso es algo más pequeño que un Destructor y aquél se movía como cascara de nuez en medio del oleaje. Era de noche y podíamos contemplar las enormes llamas del incendio de Irún, que iluminaban con resplandores rojizos la lóbrega noche.

Llegamos a San Juan de Luz y nos llevaron a la «Mairie», donde, si no recuerdo mal, nos vacunaron y trataron como a prisioneros de guerra. No me acuerdo dónde dormimos, acaso en las sillas de la terraza de algunos cafés.

Nuestros guías y mentores nos aposentaron al día siguiente en un espléndido hotel situado en un punto entre Guetrary y Biarritz. Nos detuvimos en Biarritz varios días, sin duda porque no era fácil preparar el resto de la expedición. Allí me encontré de nuevo con un mundo risueño, sofisticado, elegante y frívolo. Creo que entonces me di cuenta de lo que había sido la «Belle Epoque», que en Biarritz vivía jornadas epilógicas. Tuvimos éxito con las jóvenes de la localidad, y algunos de mis compañeros mucho éxito. Nos invitaban a ir a la frontera con sus coches para asistir al espectáculo de la guerra: bombardeos, estampidos,

el desgarrador silbido de la fusilería, los incendios... Nos parecía indigno, pero para muchos franceses aquello era un espectáculo. Después de este plato fuerte terminaban la noche en una «boite» con un whisky en la mano y oyendo otra música: las notas de un fox lento oídas entre besos y caricias.

Esto ya me hizo pensar en lo inverosímil de esta guerra y en cómo una línea artificial, llamada frontera, puede separar a dos pueblos, uno que se desangra y otro que contempla el espectáculo, y la verdad es que todos somos pecadores. *¿Dónde está la solidaridad humana?*

Teníamos que marcharnos de Biarritz. Allí se iban a quedar unas horas maravillosas. Creo que comíamos por última vez en el comedor del Hotel. Muy amplio y con grandes ventanales desde donde se divisaba el mar. Algunos nos habíamos quedado charlando en una larga sobremesa y casi todos habían salido ya del comedor.

En la mesa donde se sentaban los profesores, especie de mesa presidencial, al fondo oímos voces que iban subiendo de tono. Una discusión por momentos más acalorada. Con una cierta discreción pero con curiosidad, pusimos el oído atento. El coronel Herrera, pionero de la Aviación, monárquico y amigo particular de Alfonso XIII, que había impartido un curso de la Universidad, pedía que le relevaran de su promesa y que le dejaran permanecer en Francia. Apelaba a su condición de militar y a lo incierto de su suerte desconociendo, como desconocíamos, el giro que iban a tomar los acontecimientos. Como contestación cayeron sobre él insultos e improperios. El coronel se mordía los labios, casi lloraba y le temblaban las manos. -«Si hace Ud. eso dejará de ser un militar de honor, porque un militar nunca falta a la palabra empeñada»-. Herrera bajó la cabeza y abandonó el salón. Llamó a la comprensión humana y no fue oído.

El coronel Herrera, amigo del Rey, compañero de Kindelán, hubiera podido ser uno de los más altos jefes militares de la España llamada nacional... en cambio, fue Presidente de la República en el exilio.

Ya entonces empecé a comprender la dramática lotería que era y fue nuestra Guerra Civil. Algo así como la ruleta rusa donde se jugaba a la vida o a la muerte, al crédito o al deshonor, al triunfo o a la derrota, a la riqueza o a la miseria, a todo según la voluntad caprichosa del cargador. Si yo soy yo y mi circunstancia en proporciones variables, en los años de la Guerra Civil el yo se desvaneció y se agigantó la circunstancia.

Aquella escena del hotel de Biarritz es la más dramática que he presenciado en mi vida y la que más amargo sabor ha dejado en mi recuerdo. La amargura de comprender lo que es la condición humana y a dónde llega la *crueledad del dogmatismo*.

Viajamos en tren por Pau, Tarbes, Perpiñán hasta llegar a la frontera de Port Bou. Viaje melancólico pues íbamos quedando menos. La honorable conducta del coronel Herrera, queriendo ser relevado de su compromiso, no la tuvieron muchos otros que simplemente desaparecieron.

Cuando cambiamos el tren francés por el español nos dimos cuenta que ya no había ni orden ni concierto. Ni revisores, ni plazas reservadas, ni vigilancia,

ni nada. No encontrando sitio nos fuimos al vagón Rrestaurante, donde nos recibieron con grandes muestras de regocijo. Los camareros y los empleados de Wagon-Lits, sucios y mal afeitados, llevaban las guerreras color tabaco, típicas de la Compañía, desabrochadas dejando ver su ropa interior muy poco aseada. -«Ahora vais a ver, muchachos, ahora vais a ver lo que es bueno». Y traían unas botellas de champán que abrían pródigamente, con el consiguiente chupi-nazo. «Antes se las bebían ellos, los fascistas, ahora nos toca a nosotros». Aquello me resultó muy desagradable y me hizo pensar que una guerra civil comporta una grave subversión social. Esto, evidentemente] es tan obvio que no vale la pena asegurarlo, pero aunque el incidente del vagón restaurante fuera una simple anécdota es lo que más puso ante mí de manifiesto la *subversión social*.

Llegamos a Madrid, encontré sana y salva a mi familia, de la que no tenía noticias hacía meses, a mi padre y a mi segunda madre, a mis hermanos. Me contaron algunas cosas espeluznantes, sobre todo el asalto al Cuartel de la Montaña. Vivíamos hacía algunos años en Ventura Rodríguez 9, a un paso del Cuartel, y en casa se refugió un amigo que logró escapar del cuartel. De casa pasó a una Embajada. Cuántos problemas, cuántas zjzobras, pero la familia es taba allí.

Mi tía Teresa Goitia buscaba a su marido, Tomás Benet, que, según todos los indicios, había sido víctima de uno de los trágicos paseos que diezmaban, sin ton ni son, a la población. Me dijo que hiciera el favor de ir a una dependencia de la Dirección General de Seguridad para ver si estaba allí su ficha. Tan macabra dependencia se encontraba en la calle de Víctor Hugo, en una casa antigua y de buen porte. En el piso principal, y en medio de una gran sala, una mesa larga como la de una biblioteca de investigadores. ¡Qué Biblioteca! Allí le servían a uno los libros, que eran unos enormes alb'urnes llenos de fotografías, algunas con un nombre, otras sin identificar y con una fecha y el lugar donde se había encontrado el cadáver.

Me trajeron algunos álbumes donde aparecían gentes de toda condición, jóvenes, hombres hechos y derechos, ancianos, muy pocas mujeres. Rostros desencajados, lívidos; ojos abiertos al terror supremo. Algunos desfigurados a culatazos, otros vencidos antes de morir y no se sabe qué fisonomías eran más dramáticas, las de los resignados o las de los iracundos que se aferraban a la vida. Allí estaba Tomás Benet, hombre joven, fuerte, luchador, lleno de vida en el que resplandecían el talento y la audacia. Había muerto luchando, sólo entre no sabemos cuántos forajidos, y lleno de balazos se había desplomado en una cuneta de la Carrera de Vicálvaro junto a las tapias <^el Cementerio. Esta visita a la Biblioteca de la Muerte fue lo primero que me deparó la llegada a Madrid. Después de este golpe no levanté cabeza, y con mis ilusiones cayeron también mis esperanzas en la República. Aquella República que llegó a España un luminoso catorce de abril se estaba hundiendo en los abismos del *crimen*. El crimen organizado bajo el azote de la represión.

Cuando las tropas del General Várela llegaron a la mismísima Ciudad Universitaria el siete de noviembre de 1936 estábamos refugiados en los sótanos de

la casa de Ventura Rodríguez 9. Parecía que, en caso de sobrevivir, asistiríamos al final de la Guerra tras la inminente toma de Madrid. Pero no fue así, Madrid resistió y su gesta asombró al mundo. Los más curtidos generales de Franco tasaron el freno ante un Madrid abierto y sin murallas. Las Brigadas Internacionales y el desorganizado pero heroico ejército republicano fueron el valladar.

Como resultado de aquel empujón ardió el Palacio de Liria y cayeron muchos palacetes del barrio de Arguelles, que fueron luego concienzudamente desalojados. Entonces me di cuenta de otro aspecto de la guerra. La guerra como *Destrucción*. Toda guerra conlleva una destrucción enorme sin referirnos a la destrucción de los valores morales, éticos y espirituales en general. La destrucción de todo tipo de bienes materiales es enorme, desde los que hacen la vida posible en las sociedades civilizadas como la industria, que produce bienestar y riqueza, los sistemas de comunicación, los transportes, carreteras y ferrocarriles, puentes, canales y puertos, es decir, la infraestructura difícilmente conseguida, todo se viene abajo. También aquellos otros bienes que permiten el desarrollo de la vida y de las comunidades humanas, como son el urbanismo y la vivienda... Todo se destruye y a veces desaparece en proporciones alarmantes.

Pero existe otro tipo de destrucción, que es la destrucción de los bienes culturales. De Bibliotecas, de Archivos, de Museos, de obras de arte, de inmensas riquezas públicas y particulares.

Este tipo de destrucción fue de las que, dada mi condición y mis escasas posibilidades, me afectó aún más y más me hizo pensar en la posibilidad de remediarlo, bien fuera en una mínima parte. El incendio del Palacio de Liria fue, como digo, la señal de alarma. Sentimentalmente me sentía ligado al Palacio de Liria, por el hecho de haber tenido agradables contactos con Don Jacobo Fitz James Stuart, padre de la actual Duquesa. Había prologado un librito mío escrito en mis años estudiantiles.

A través de las verjas del Palacio, en el desolado Barrio de Arguelles, pude contemplar el estado en que se hallaba la hermosa residencia, abandonada ya por los altos jefes del Partido Comunista.

Por entonces algunos jóvenes arquitectos habíamos constituido unas llamadas Brigadas de Socorro del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, para remediar algunos de los daños sufridos por la edificación de la capital. Se trataba de ayudar a los bomberos, sacando heridos de los escombros, apuntalando edificaciones, que amenazaban ruina, y aliviando en lo posible aquellos estragos que producía la guerra. Entonces se me ocurrió utilizar estas modestas brigadas para hacer algo a favor del palacio ducal. Gracias a salvo-conductos que teníamos por pertenecer a las Brigadas de Socorro, asimiladas a servicios de guerra, entramos en los jardines del palacio. El espectáculo era desolador, las praderas estaban materialmente repletas de libros que habían sido arrojados por puertas y ventanas en el momento del incendio. Por ventura el Duque había guardado en los sótanos del Banco de España las pinturas más valiosas de su colección: Tizianos, Fra Angélicos, Goyas... Las obras máximas se salvaron, pero quedó todavía dentro un tesoro incalculable y nos impusimos la tarea de rescatarlo y

en la medida de lo posible conservarlo. Era difícil, puesto que nuestra tarea, oficialmente reconocida, era otra. Tuvimos por lo tanto que valemos de muchas argucias y entre otras cosas decir que se trataba de salvar tesoros para el patrimonio del pueblo, cosa que en el fondo era verdad. Nuestro impulso primordial era romper con la destrucción de una manera o de otra.

Cogimos los libros, algunos a punto de convertirse en pasta de papel por la humedad y la lluvia, los apilamos y los guardamos en algunas estancias de los sótanos. Hicimos lo mismo con algunas otras obras que encontramos dispersas por el suelo y que en los mismos sótanos fuimos acomodando. Me acuerdo, por ejemplo, de una armadura completa del Conde Duque de Olivares, que me dio la medida de su pequeña talla corporal.

Nuestra actuación duró mucho tiempo, nos vinculamos al Palacio de Liria y mi hermano Carmelo y yo, sobre todo el primero, vivíamos muchas horas en Liria con unos personajes verdaderamente repulsivos a los que no podíamos perder de vista. Uno de ellos era un tal «Calefato», que había sido carbonero de Palacio y que, armado con un rifle, merodeaba las noches por el barrio dando el alto y disparando al que le venía en gana. Sabíamos que a algunas de estas víctimas las llevaba por las noches a los jardines y las enterraba cavando las fosas con sus propias manos.

No es para dicho lo que allí pasó, pero nos sentíamos pagados por el solo hecho de luchar contra la Destrucción.

Sentimos la curiosidad de saber qué había sucedido con el gran archivo de la Casa, que según todas las noticias debía hallarse entre los escombros. Animados por esta certidumbre, empezamos a desescombrar el interior del Palacio, pretextando que se trataba de encontrar materiales útiles para los servicios de guerra. El hecho es que lo desescombramos completamente y que no sólo hicimos esto, sino que consolidamos las fachadas que, hasta cierto punto, se sostenían en pie por el escombros acumulado. Y obtuvimos el premio deseado, encontramos íntegro, completo, intacto, guardado en unas cajas metálicas, el archivo histórico de la Casa de Alba. El Duque había tenido el acierto, hacía poco tiempo, de proteger los papeles del archivo con estas cajas metálicas que fueron su salvación. Las encontramos, las apilamos y de nuevo en un sótano, todavía más escondido y profundo, las almacenamos. Después cerramos su acceso con una pared de ladrillo, pensando que cuando llegaran tiempos mejores se encontraría allí sano y salvo. Pero las cosas no fueron exactamente así y llegó un momento en que otro de aquellos siniestros personajes que pululaban por Liria, un capataz que había estado en Guinea y que presumía de llevar una cazadora de piel de gorila, nos denunció diciendo que habíamos enterrado y guardado un archivo de derechas. No recuerdo cómo, acaso por mi hermano, pudimos ponernos en contacto con el Museo Municipal de Madrid, donde teníamos amigos como Federico Carlos Saínz de Robles, Miguel Molina Campuzano, Antonio Casero, que, vía el Ayuntamiento de Madrid, pudieron incautarse de tal archivo y biblioteca que habíamos preservado y pudieron salir en garantía de mi persona para que se me dejara en libertad. De hecho el archivo histórico de Li-

ria y un porcentaje importante de la biblioteca quedaron salvados.

Durante buena parte de la guerra, luché contra esta destrucción que por todas partes nos rodeaba, y no solamente fue el Palacio de Liria el objeto de mis desvelos, sino que ampliamos nuestro radio de acción salvando todas las obras de arte que pudimos del Barrio de Arguelles. Allí había entonces muchos palacetes, como el de la Duquesa de Valencia, el Conde de Peñalver, la Duquesa de Ahumada, el Marqués de Cerralbo y tantos otros. Como aquello era zona de guerra, habían sido expoliados. Muchos muebles de valor, pinturas y otras obras de arte, andaban tiradas por las calles y los milicianos hacían hogueras para calentarse en el invierno con objetos cuyo valor, naturalmente, desconocían.

Salvamos todo lo que pudimos y nos lo llevamos en unos camiones del Colegio de Arquitectos a los sótanos de San Francisco el Grande. Por el barrio de Arguelles silbaban las balas que era un primor. Y por eso mismo nadie nos ponía dificultades para llevar a cabo nuestra tarea. Con relación al Palacio Cerralbo, convertido ya en Museo, nos asaltó la duda de si llevar a cabo la evacuación de sus tesoros a lugares más seguros o mantenerlos allí. De acuerdo con el entonces director y prestigioso arqueólogo Don Juan Cabré, optamos por lo segundo. Como arquitectos que éramos habilitamos unos sótanos, los reformamos, apuntalamos los forjados para que en caso de que el edificio se derrumbara no se hundieran los techos de los sótanos y, por último, cerramos con fuertes muros todos los accesos enmascarando el lugar donde aquellas riquezas se custodiaban. La verdad es que todo salió muy bien, y que terminada la guerra el Museo Cerralbo no perdió la más insignificante de sus obras de arte.

Don Manuel Gómez Moreno solía muchas veces darnos buenas pistas. En una ocasión me dijo -«Fernando, estoy preocupado por la suerte que haya podido correr el Milagro del Pozo de Alonso Cano»-. -«Miren Uds. a ver si está en el Convento del Sacramento al final de la Calle Mayor»-. Fuimos allí con unas credenciales que facilitaban nuestro acceso a diversos centros políticos o militares y preguntamos al «Responsable» si las monjas habían dejado obras de arte, porque se pensaba formar un gran museo del pueblo y era menester que todo esto no se perdiera. Después de muchos circunloquios ablandamos la voluntad del «Responsable» y rastreamos por unos desvanes del convento, donde tuvimos la suerte de encontrar, enrollado, un lienzo que resultó ser el famoso Alonso Cano. Nos lo llevamos y pudimos observarlo con toda detención en San Francisco el Grande. Era, en efecto, el bellísimo lienzo que hoy se encuentra colgado en el Museo del Prado.

La Junta de incautación de obras de arte, organismo oficial del Gobierno de la República, había establecido en el Convento de San Francisco el Grande, construcción de fuertes muros y sólidos sótanos, un gigantesco depósito para recuperar todo lo que la guerra había aventado y estaba en trance de perderse. Los tesoros allí acumulados eran inconmensurables. En principio, antes de guardarse las obras de arte se hacía una somera clasificación, en la que intervenían algunos profesores de arte como D. Diego Ángulo, al que allí conocí por

primera vez. Estos solían decirnos que en nuestros camiones se mezclaba el mineral valioso con la ganga sin valor alguno, y que debíamos seleccionar mejor nuestro envíos. La respuesta no era difícil -«¿Ud. cree que el barrio de Arguelles, mientras silban las balas y retumba la artillería, se pueden cargar los camiones tras una meticulosa clasificación para distinguir una obra original e importante de una posible copia o pastiche?». «Hay que cargarlo todo y deprisa, porque ni el chófer ni los operarios están allí por gusto, y quieren escapar lo antes posible. Es menester por lo tanto cargarlo todo, que tiempo habrá luego, a buen recaudo, de clasificarlo».

En fin, esta etapa de mi vida durante la Guerra Civil que viví íntegra en Madrid, podría darme materia para extenderme mucho más y contar tantas cosas que aún conservo en mi memoria, pero no se trata de eso en este apresurado artículo.

La situación a que habíamos llegado con nuestras Brigadas de Salvamento empezaba a hacerse muy difícil y, aunque en principio se nos otorgó la condición de personas militarizadas, poco a poco, con la reorganización del ejército republicano, llevada a cabo principalmente por Indalecio Prieto, las cosas se fueron complicando.

Cuando cualquier miliciano vivía a su antojo, estableciendo su propia jerarquía militar y su alistamiento voluntario en las unidades que le apetecían, todo era posible, pero con un ejército que empezaba a tener un carácter mucho más serio nosotros fuimos movilizados y encuadrados en otras unidades del Ejército. Al principio en Batallones de fortificaciones en el frente de Madrid, dependiente de la Comandancia de Ingenieros que, si no recuerdo mal, estaba bajo el mando del teniente coronel Ardid. Entonces me tocó entrar en otra etapa de mi vida madrileña y, sin ningún deseo por mi parte, me promovieron a la condición de capitán de ingenieros. Con esta graduación terminé la guerra.

Llegaron años oscuros, tristes, sin esperanza. La guerra parecía que había entrado en una situación parecida a la de la primera guerra europea, cuando se consolidó la lucha de trincheras y parecía que ninguno de los ejércitos avanzaba ni tenía posibilidad de un triunfo próximo. Así pasaba en nuestra guerra. También tuvimos la llamada guerra de usura, que terminó con la batalla del Ebro, en agosto de 1938.

Nosotros vivíamos, como militarizados que estábamos, afectos a la Comandancia de Fortificaciones de Madrid, y cumplíamos nuestro cometido saliendo donde nos requería el mando en días o jornadas que no podíamos predecir. Pero, sin embargo, a pesar de todos los inconvenientes, no cabe duda de que no estábamos fijos en el frente, sino que pudimos mantener en cierto modo nuestra relativa independencia. Nuestra familia seguía viviendo en la calle de Ventura Rodríguez, evacuada ya totalmente porque este lugar se había convertido en zona de guerra, zona militar. Por unas razones difíciles de explicar y posiblemente por mi propia condición de militar, pudimos seguir viviendo allí. Tenía muchos inconvenientes -muchas veces era necesario llegar a casa atravesando la calle de la Princesa, por donde no dejaban de silbar las balas-, pero tenía

también sus ventajas. Allí no llegaba nadie ni había registros domiciliarios, ni detenciones, ni nada por el estilo. Aquella zona era una ciudad de nadie. Vivíamos como podíamos, como Dios nos daba a entender, como topos en sótanos, porque no sabíamos cuándo podía arreciar un bombardeo. Si en momentos de calma, durante el día, se podía subir a las habitaciones, de noche era forzoso dormir en los sótanos, cuanto más profundos mejor. Comíamos mal -muchas veces no comíamos-. Cuando teníamos lentejas éramos felices y no nos importaba, al menos a mí, que he sido para estas cosas bastante sufrido, que las lentejas estuvieran habitadas por pequeños insectos o seres extraños. Se las llamaba lentejas con bicho. No había vino, esto es una de las cosas que más se echaban en falta. En Madrid, los pocos bares o tabernas que quedaban abiertos no tenían nunca nada de vino, ni podía beberse una copa. Lo más que servían era un extraño vermut de gusto dulzón completamente químico y desagradable, y, sin embargo, acabábamos bebiéndonos este infecto vermut siempre que podíamos.

Las calles en general estaban oscuras, era lógico, en parte porque había que presentar los menores blancos posibles para la artillería. Andar por estas calles desiertas, desoladas y no digamos cuando caían los obuses, resultaba dantesco, y sin querer se pensaba en cuán frágil es esa civilización tan penosamente lograda. Todas las conquistas de la ciencia, de la tecnología, todo lo que eran los transportes urbanos, el riego, el alcantarillado, todo lo que era equipamiento urbano, no digamos iluminación, todo había casi desaparecido. Y además, lo más triste, es que no se veía en el horizonte el final de todo ello. Era como un desolador túnel en el que nos encontrábamos inmersos sin remisión. Esto producía, día a día, cada vez mayor degradación. Si anteriormente he hablado de lo que la Guerra Civil supone como destrucción, también hay que decir que al lado de la destrucción existe la degradación general. La falta de todo aquello que hace amable la vida. Todo se había ido perdiendo, los jardines estaban secos, las calles sucias, los establecimientos comerciales, en la mayor parte cerrados. Las gentes mal vestidas, porque no tenían ni deseo ni estímulo para vestir mejor y tampoco posibilidad de hacerlo, ya que se iban manteniendo los trajes como se podía, con remiendos y zurcidos. Sin duda alguna los mejor vestidos éramos los militares, pero tampoco gozábamos de unos uniformes nuevos y de cierta prestancia, sino que más bien la heterogeneidad de las vestimentas era realmente pintoresca. Todo esto producía angustia, tristeza, decrepitud; en suma, falta de ganas de vivir.

No tengo que decir la serie de sucedáneos que buscábamos los fumadores para hacernos la ilusión de que fumábamos un pitillo. Cuando se tenía algún mal tabaco, que se había conseguido a través de una embajada o de una persona de ciertos recursos, ya se había conseguido algo que aseguraba la felicidad para mucho tiempo. Otras veces también se fumaban hierbas, más o menos puestas a secar y tratadas como fuera, no recuerdo cómo, y liadas con unos papeles que tampoco eran papeles de fumar; en fin, se realizaban las cosas más inverosímiles porque, como digo, cada vez íbamos descendiendo más bajo. Yo recuerdo perfectamente que cuando entraron las tropas nacionales en Madrid, después

de que el ejército republicano, ya abatido, no podía sostenerse, lo primero que nos sorprendió fue ver gente bien vestida y sobre todo las enfermeras que acompañaban al ejército nacional, las jóvenes que estaban en Auxilio Social y algunas otras que entraban en Madrid con el ejército. Más que nada recuerdo la impresión que me produjo volver a ver unas piernas de mujer con unos zapatos de tacón y unas medias de seda. Esto fue como descubrir un mundo pasado que creíamos perdido para siempre.

Después de esta degradación que se resumía en los aspectos de la vida diaria vinieron las fisuras, las quiebras o quebrantos que se empezaron a producir en el ejército, incapaz ya de mantener la disciplina y el orden, después sobre todo de las últimas fases del aldamonazo final de la caída de Barcelona.

Entonces presenciamos lo que fue para nosotros el último acto de esta guerra civil. Como he dicho, yo era capitán de ingenieros adscrito a la brigada de fortificaciones del centro, pero luego no sé por qué cambios nos trasladaron a otra unidad, que era de acuartelamiento y obras militares. Ya no eran fortificaciones, eran otras atenciones, si se quiere menos bélicas, más pacíficas. El hecho es que cambiamos de centro y pasamos a la calle del Pinar, a un pequeño palacete que aún existe en la esquina de la calle del Pinar, esquina a la de López de Hoyos. Este palacete decimonónico era modesto y de muy frágil estructura. Allí se instaló la Comandancia de Ingenieros correspondiente al servicio de acuartelamiento y obras, que dirigía el teniente coronel Sabio, y allí trabajábamos no solamente oficiales del ejército, sino ayudantes y técnicos relacionados con temas de construcción. De todas maneras, en ese pequeño palacete se reunían muchos oficiales de bastante graduación. Nuestra vida transcurría monótona, sin demasiados sobresaltos, hasta el momento en que se produjo el final de la guerra de Madrid con la Junta de Defensa, dirigida por Besteiro y el coronel Casado, que el día 4 de marzo se había declarado en rebeldía desoyendo las órdenes de Negrín. La proclamación de la Junta la oímos por radio en el palacete de la calle del Pinar. Las fuerzas comunistas apoyaron a Negrín, y con ello se produjo una segunda guerra civil dentro de uno de los bandos de la gran guerra.

Entonces, por si fuera poco lo que pasaba en los frentes, la lucha intestina en el interior de Madrid adquirió caracteres verdaderamente dramáticos, que nos afectaron de una manera directísima. En virtud de la situación en que nos encontrábamos el coronel Casado dispuso el acuartelamiento de todas las fuerzas de la guarnición de Madrid, y nosotros fuimos acuartelados precisamente en el pequeño palacete donde teníamos la sede de la Comandancia. Allí pasamos en forma improvisada, porque el edificio no estaba preparado para ello, algunas noches, y allí resistimos el empujón de la columna Barceló que llegaba a Madrid desde el Pardo el 7 de marzo para reconquistar la ciudad y derribar el gobierno Besteiro-Casado. Recuerdo perfectamente cuando desde el piso alto del palacete vimos cómo por la Castellana empezaban a correr las gentes despavoridas. Al principio no nos dimos cuenta del por qué, aunque luego enseguida comprendimos y comprobamos que corrían delante de las fuerzas militares

que, en buen orden, iban avanzando por aquel sector madrileño. Al mismo tiempo que avanzaban, tomaban todos los puntos estratégicos que consideraban importantes. Cuando llegaron cerca de nosotros conminaron a los militares que ocupaban las casas vecinas a que se rindieran. Lo hicieron pero no se sabe por qué, en un solar vecino, algunos fueron fusilados ante nuestros ojos. Aquello nos produjo una conmoción tremenda y tomamos la resolución de no entregarnos, resolución verdaderamente temeraria y absurda, pero pensamos que a lo mejor, al entregarnos, podíamos correr la misma suerte de aquellos desdichados que habíamos visto poco tiempo antes fusilar en el solar frontero.

Nos hicimos fuertes en el palacete y al principio, después de las primeras intimidaciones, los soldados que avanzaban nos dejaron y siguieron su marcha. Nos dejaron porque creyeron que dentro existían fuerzas superiores, a la vista del número de oficiales que podían verse en los balcones y también en la planta baja. Porque cuando nos dieron el alto salió un oficial, cerró las puertas junto con otros, disparó y pudo contener este primer intento de ocupación. Cayó uno de nuestros centinelas, cerramos todas las puertas de la verja, cerramos las ventanas, sobre todo de la planta baja, nos fortificamos dentro del pobre palacete de madera y yeso de frágil construcción y utilizando las pocas armas que teníamos a nuestra disposición -había algún que otro máuser y varias pistolas de los oficiales-. Parapetados tras las ventanas nos aprestamos a sufrir el nuevo asedio. Este no se hizo esperar, y llegaron no solamente nuevas tropas sino que vino un tanque, un pequeño tanque Renault, que empezó a disparar sobre nosotros levantando una gran polvareda; hicimos frente a todo aquello mientras estábamos en constante comunicación con el cuartel general del coronel Casado en los sótanos del Ministerio de Hacienda. Nos felicitaban por nuestra resistencia y nos invitaban a seguir manteniéndonos firmes porque muy pronto recibiríamos unos refuerzos para liberarnos y sacarnos de tan comprometida posición.

Esperábamos con fe en la llegada de estas fuerzas, y en un momento dado vimos, desde una fachada lateral del palacete, cómo por la calle Hermanos Béc-quer bajaba un destacamento de caballería. Es evidente que aunque pequeño, podría perfectamente servir para abrir camino a una evacuación de nuestra posición tan comprometida. Pero, con el asombro consiguiente, nos dimos cuenta que aquel destacamento empezaba a ser diezmado por la fusilería de los soldados del Partido Comunista, sembrando el pánico, haciendo que los caballos se desbocaran, que muchos arrojaran a sus jinetes y salieran corriendo solos sin freno ni gobierno. Aquello nos produjo la sensación de que nuestra suerte estaba ya echada y que nos tendríamos que rendir para seguramente ser fusilados. Pero no sé que afortunado sino nos protegía y la verdad es que al llegar la noche preguntamos telefónicamente al cuartel del coronel Casado si sería oportuno que, aprovechando la oscuridad y en pequeños grupos, intentáramos una evacuación a vida o muerte.

Como teníamos herramientas de construcción hicimos un boquete en la medianería de la casa contigua -no nos costó mucho trabajo hacerlo- y ampa-

rendónos en la noche, uno a uno, porque no éramos demasiados los que allí estábamos, quitándonos los uniformes, vestidos como vagabundos, atravesamos ese boquete, llegamos a la casa de al lado y por el portal nos escapamos. Las tropas se habían retirado para preparar otro ataque y aprovechamos esto para filtrarnos como sombras furtivas. Tuvimos, cada uno por su lado, la posibilidad de llegar a un edificio ocupado por militares fieles a Casado, donde nos concentramos para recibir órdenes. Creo que estaba en la calle Juan Bravo o en sus cercanías. Nos recibieron con una enorme efusión, casi como a héroes que habíamos sostenido una lucha desigual contra los asaltantes y que habíamos logrado una evacuación difícil y ordenada por el mando.

Con este dramático episodio acabó para mí la guerra. Luego empezó la no menos triste postguerra. El 27 de marzo de 1939 se derrumbó el frente de Madrid y empezaron a entrar las fuerzas nacionales. Imprudentemente me acerqué al Paseo de Rosales y fui detenido como prisionero, pero en medio de la confusión conseguí escabullirme. Me oculté en una casa hasta que pasaran los primeros arrebatos. Meses después me citaron a un juicio que se me hizo como capitán del ejército derrotado. Después de una serie de consideraciones me impusieron como castigo la degradación y la pérdida de todos mis empleos.

Pero un Comité Depurador de los Arquitectos fue más duro y me privó del ejercicio de mi profesión durante diez años. Las decepciones vinieron por ahí, por mis propios compañeros y también por muchas personas a las que uno había ayudado o con las que uno había mantenido una cordial convivencia durante la guerra y que luego, en pago, nos negaban el saludo como si fuésemos verdaderos apestados.

La Guerra Civil lanzó a los españoles a algo que no se ha señalado suficientemente. A la pérdida de los principios, de las convicciones, del propio respeto, de la consecuencia en la conducta. La guerra lo permitía todo, considerando que era más valioso salvar la vida que perder la ética. Toda pirueta era justificada. Los que nos aplaudían en la guerra, nos insultaban en la paz, que creían haber conquistado. Los que militaban en determinados campos no tenían ningún escrúpulo en abandonarlos alistándose en los contrarios. La guerra fue una buena escuela y luego ese entrenamiento ha sido muy provechoso cuando, terminadas las glorias del franquismo, hubo que prepararse para el salto a la democracia. Todo empezó allí.

En la guerra aprendí lo frágil de la solidaridad humana, la crueldad del dogmatismo, los crímenes de la represión, la gangrena de la subversión social, el alcance de la destrucción, los abismos de la degradación y lo sanguinario de una guerra, en la que los hombre, cara a cara, disparan uno contra otro sus armas.

Todo esto supone, repito, lo que yo aprendí de la guerra. Pero luego también he meditado sobre una interpretación con perspectiva histórica y pensé que la Guerra Civil, execrable y condenable en todos los aspectos, fue, hasta cierto punto, la revolución pendiente que no llegó a existir y que hubiera cambiado tantos aspectos de la estructura social, económica y política de nuestro país.

En otro lugar escribí: «¿Que quiere decir todo esto? Que la Guerra Civil, monstruosa, reprochable, para siempre fatídica, no es algo que debemos desconocer y eliminar con la sola condenación. Ha supuesto algo importantísimo en el devenir de España. Creo que tras los años de arrastrada decadencia después de la paz de Westphalia nuestro país ha recibido una descarga eléctrica que le ha galvanizado. Esta guerra ha sido como esas enfermedades de la adolescencia que son prólogo de la virilidad. España no era un adolescente pero había caído en una especie de senilidad, que hace semejante la edad primera y la postrera.

España, con esa guerra civil, no sólo ha ganado un punto de referencia importante, el de todo menos eso, sino que ha madurado y ha pasado de ser una nación enteca y temblorosa, vacilante y anémica, a ser un cuerpo social vivo, enérgico y poderoso, no obstante los muchos desequilibrios de esa etapa de crecimiento que suceden a la enfermedad, a la convulsión que hace posible la madurez.

No sabemos si los Estados Unidos serían lo mismo sin la guerra de Secesión o si hubiera sido una nación ilustrada, filantrópica y benéfica, de grandes terratenientes, nobles filósofos y expertos juristas, pero no la gran nación industrial que es hoy. Algo de esto nos preguntamos cuando nos enfrentamos con la realidad española que, por supuesto, no vemos del todo porque los árboles no nos dejan ver el bosque.

Convulsiones por todas partes, descontento laboral, huelgas, paro, retracción de la inversión, piratería, política, ausencia de partidos con historia y responsabilidad, colapso de las instituciones, falta de autoridad, inseguridad ciudadana, ridículas pretensiones separatistas, amargan nuestros días pero, si bien esto es lo más cuantificable, porque de ello se hace inventario todos los días en los periódicos, existe otra realidad menos fácil de resanar y que advertimos viendo la circulación de los grandes camiones por nuestras carreteras; las cosechadoras segando nuestros campos; nuestras flotas de pesca, nuevo «terror de los mares», invadiendo zonas prohibidas; huertos y frutales causando el pánico en Europa; nuevas plantas industriales, aunque quizá en demasía vendidas al capital extranjero, los obreros trasladándose a su lugar de trabajo en automóvil, un urbanismo desaforado que está convirtiendo las aldeas rurales en suburbios, a veces inmensos, y de notoria fealdad; pequeñas capitales de provincias que hoy parecen ciudades de Illinois o de Texas; centros de reposo y diversión, con más plazas hoteleras que el resto de Europa. En fin, un crecimiento que nadie puede negar.

Es cierto que la tecnología nos ha proporcionado el transporte por carretera, consecuencia del neumático de caucho. España era una nación encorsetada por unos ferrocarriles deficientes, consecuencia de una orografía espeluznante. Pero ahora los grandes *trailer* corren por todas las carreteras de España y de Europa. Nunca hemos estado más conectados con Europa. Otro factor importante: los bravios ríos de la península eran una calamidad y no servían para nada, y menos para la navegación. Hoy son el fundamento de nuestra producción hidroeléctrica. Se vuelven las tornas. Hacer una presa en el Loire es casi imposi-

ble; en el Duero o el Tajo salen casi solas. España se ha convertido en una nación productora de energía eléctrica cuyo transporte puede hacerse a los mismos voltajes que en toda Europa. Para esto nuestra orografía no es un obstáculo.

Las cosas cambian, pero no por voluntad de los políticos. La política y los políticos no son tan importantes como parece. La historia siempre tiene imprevistas soluciones.

F.Ch.G.*

* Real Academia de Bellas Artes e Historia.